

IV Domingo Cuaresma

2 Crónicas 36, 14-16. 19-23; Efesios 2, 4-10; Juan 3, 14-21

«Así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna»

18 Marzo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Y no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios; y tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir»

A veces, cuando las circunstancias de la vida no nos gustan, quisiéramos cambiarlo todo. Vemos aspectos del cuadro que no nos agradan y queremos borrarlos. Un imprevisto, unas palabras innecesarias, un tumor, una muerte inesperada, un defecto reincidente, una caída sorpresiva que nos desconcierta, un retraso. Quisiéramos quitarlo todo para dejar sólo la vida como nosotros quisiéramos pintarla, en un cuadro ideal que realmente no existe. Queremos borrar la tristeza de un plumazo y dejar sólo las sonrisas. Dicen que hoy en día, con el photoshop, se pueden arreglar todas las fotos. Los feos aparecen más guapos y los gordos más flacos. Se cambia la luz, la intensidad de los colores, incluso los defectos que no nos gustan de nuestro rostro. Y así podemos cambiar la realidad, pero sólo en la foto. De esta forma podemos inventarnos una vida hecha a nuestra medida. Una vida de colores y llena de luz. ¡Nos cuesta tanto aceptar las circunstancias adversas que no podemos cambiar ni controlar! Por eso perdemos la paz con frecuencia. Ya lo decía John Locke: «*La felicidad humana es una disposición de la mente y no una condición de las circunstancias*». Y comentaba hace un tiempo la sicóloga Pilar Sordo: «*Ante las circunstancias de la vida tengo dos opciones, o me pongo de malgenio o me pongo contenta. Si pudiéramos entender ese concepto de felicidad basado en la decisión! Sólo depende de nosotros. Lo que tenemos siempre es mucho más que lo que nos falta*». Nos cuesta mucho cargar con nuestra cruz y vivir las circunstancias difíciles con una sonrisa. No nos gustan las manchas en el mantel blanco ni los borrones de tinta en la historia de nuestra vida. Es como si, súbitamente, todo pareciera estar en contra de nuestra felicidad. Nos rebelamos sintiéndonos heridos por cualquier motivo. La vida nos parece injusta, pensamos, y seguimos tristes. Así nunca logramos alzar la mirada y confiar. Como dice Bernabé Tierno: «*Ante la adversidad, cuando las cosas no suceden como esperamos, perdemos fácilmente el control de nosotros mismos y convertimos en problema lo que debería haber sido una experiencia de autodominio y habilidad para gestionar nuestras emociones, impulsos y actitudes*». O la adversidad se convierte en un trampolín que nos hace subir más alto, **o nos arrastramos quejándonos por la vida y pensando que tenemos muy mala suerte**.

Porque, en realidad, se trata de algo muy sencillo: nos fiamos o no nos fiamos de Dios. Si nos fiamos de verdad del amor de Dios y de su conducción, si creemos que detrás de lo que nos ocurre está su mano bondadosa conduciendo nuestra vida, lograremos entender que Dios va a sacar siempre lo mejor de nosotros en esas circunstancias; entonces sonreiremos y esperaremos. Pero si, por el contrario, no nos fiamos, como ocurre muchas veces, caminaremos pensando que Dios nos ha retirado su favor y nos alejaremos quejumbrosos. Porque, lo cierto es que tenemos complejo de persecución. En seguida pensamos que los astros se han alineado para desencadenar su furia sobre nosotros. Y, mientras tanto, vemos cómo los demás son felices en sus vidas sin problemas. Y es que ya lo decía Montesquieu: «*Si nos bastase ser felices, la cosa sería facilísima; pero nosotros queremos ser más felices que los demás, y esto es casi siempre imposible, porque creemos que los demás son bastante más felices de lo*

que son en realidad». Nos comparamos mucho y pensamos que somos menos afortunados, menos queridos y valorados que los otros. Nos encerramos entonces en nuestra torre defensiva y nos conformamos con no ser felices. Las circunstancias adversas nos superan. Nos limitan e impiden nuestra lucha. Nos sentimos frustrados ante la cruz y el dolor. Experimentamos la impotencia y la desesperación. Nos bloqueamos en nuestro intento por luchar y no avanzamos. **Queremos ser felices pero la vida frustra nuestros sueños.**

Hoy la Iglesia celebra el domingo «*Laetare*, domingo de la alegría en ese caminar de la Cuaresma. Cargando con la cruz hacia el Calvario el Señor nos pide que permanezcamos alegres, que nadie nos quite nuestra felicidad y que las circunstancias adversas no nos desanimen. Nos parece casi imposible. Pero las palabras de Benedicto XVI lo explican: «*Hoy la liturgia nos invita a alegrarnos porque se acerca la Pascua, el día de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte*». Cristo ya ha vencido sobre la muerte y el pecado. Esta vida temporal y caduca es sólo un paso rumbo a la eternidad. Lo que ocurre es que nosotros, los cristianos, no tenemos prisa por llegar al cielo. No podemos excluir con Santa Teresa: «*Muero porque no muero*». La muerte y el fracaso de nuestros planes humanos nos parece un final demasiado triste. Por eso es que, al caminar hacia la Pascua, la Iglesia nos pide que estemos alegres, porque se aproxima el día de nuestra liberación. Es el principal motivo de nuestra alegría, Dios ya nos ha liberado. Por eso brota la felicidad del corazón, esa verdadera alegría que todos anhelamos. De la fuente de ese amor crucificado brota nuestra alegría. El amor de Dios se nos comunica para que nosotros podamos regalar esa alegría que no nos pertenece. Decía el P. Kentenich: «*Si quiero llegar a ser un maestro de la alegría, un apóstol de la alegría, un artista de la alegría, debo ser entonces, un artista, un apóstol, un maestro de un amor a Dios de hondo cimiento y elevada aspiración*»¹. La alegría más auténtica es un don que se nos regala de lo alto, que viene del amor de Dios. El hombre no puede inventarse la alegría, la recibe de forma gratuita. Podemos cambiar nuestra forma de pensar, podemos tener una disposición positiva ante la vida y las circunstancias y así sufrir menos, todo eso ayuda; sin embargo, la alegría que anhelamos, la que sacia nuestra sed más profunda, el anhelo de infinito que todos tenemos en el alma, es una alegría que se nos entrega de lo alto. **Se trata de un don que recibimos y no merecemos, una gracia que sólo suplicamos.**

Hoy Dios nos pide que miremos cara a cara ese mal que, en ocasiones, nos quita la esperanza. Quiere que enfrentemos nuestros miedos y nuestra cruz. Así ocurrió con el pueblo de Israel en el desierto, cuando unas serpientes causaban heridas de muerte. Lo comenta San Agustín: «*Muchos morían en el desierto por las mordeduras de las serpientes. Y por ello Moisés, por orden de Dios, levantó en alto una serpiente de bronce en el desierto; cuantos miraban a ésta, quedaban curados en el acto*». Paradójicamente, lo que era causa de muerte se convierte en causa de esperanza. La petición de Dios a Moisés parece casi absurda. ¿Cómo es posible que esa misma serpiente que causa la muerte pueda dar la vida? ¿Cómo puede brotar la vida de la misma muerte? ¿Cómo puede ser nuestro pecado, esa debilidad que detestamos, causa de nuestra salvación? Pensar que basta con mirar cara a cara a la serpiente que mata al hombre, para poder tocar así la salvación, nos parece una locura. Pero S. Agustín añade: «*La serpiente levantada representa la muerte de Cristo. Así como en otro tiempo quedaban curados del veneno y de la muerte todos los que veían la serpiente levantada en el desierto, así ahora el que se conforma con el modelo de la muerte de Jesucristo por medio de la fe y del bautismo, se libra también del pecado por la justificación, y de la muerte por la resurrección. Y esto es lo que dice: -Para que todo aquél que cree en El no perezca, sino que tenga vida*».

Al levantar la cruz de Cristo somos salvados de nuestros pecados. Recibimos la gracia del perdón, recuperamos una vida que habíamos perdido. Desde el momento en que comenzamos a creer en Él, nuestra vida cambia. El mal de la cruz, que acaba con la muerte de Cristo, se convierte para el cristiano en señal de salvación. Es un escándalo. Un signo demoniaco

¹ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 224

como el madero de la cruz, causa de muchos crímenes injustos, un madero ensangrentado, se convierte en instrumento de sanación para el hombre que vive esclavo de su pecado. Es la paradoja de la vida del cristiano que besa con humildad el mal que acaba salvando su vida. **La muerte trae la vida, el dolor la esperanza.**

Pero lo cierto es que, en la vida, nos cuesta enfrentar lo que nos atemoriza, lo que creemos causa de nuestros males, y solemos meter nuestra cabeza bajo la tierra. Nos gusta esconder nuestros pecados, disimular nuestros vicios, maquillar nuestras heridas. Pretendemos aparecer inmaculados ante los hombres, para que no descubran nuestra debilidad y puedan así hacernos daño. En esos momentos evitamos mirar cara a cara la enfermedad, el pecado, el odio, la ira, la injusticia, nuestra propia pobreza. Detestamos el mal que nos causa la muerte. Todo lo escondemos para poder seguir viviendo mientras morimos. Evitamos así mirar nuestro corazón que apesta muchas veces en su desorden. Profundizar en nuestra historia personal, en nuestro mundo desconocido de sentimientos, nos parece muy duro. Es mejor seguir avanzando sin reflexionar, sin detenernos. Echamos la culpa a las circunstancias, pensando que nada va a cambiar. Por eso nos cuesta tanto mirar cara a cara las circunstancias dolorosas que no podemos mejorar, porque el miedo es más fuerte. Y el Señor, sin embargo, hoy nos pide que miremos nuestra cruz, que la contemplemos, que nos abracemos a ella, que no la escondamos, que la besemos con un amor sincero y confiado. Nos pide que no tengamos miedo porque la cruz nos salva.

Quiere que miremos la causa de nuestro dolor para poder recuperar la vida.

Y es que sabemos muy bien que la última palabra de Dios sobre el hombre es una palabra de esperanza y misericordia. Por eso estamos alegres, porque Dios no nos olvida. Dios no deja que su pueblo perezca a causa del pecado, sino que lo invita a comenzar de nuevo. Su última palabra sobre el pueblo no es la muerte, ni el castigo, sino el perdón, la misericordia y la vida: «*En aquellos días, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades y mancharon la casa del Señor en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo a tal punto que ya no hubo remedio. Los caldeos incendiaron la casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén. Y a los que escaparon de la espada los llevaron cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos hasta la llegada del reino de los persas; para que se cumpliera lo que dijo Dios por boca del profeta jeremías: - Hasta que el país haya pagado sus sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años. En el año primero de Ciro, rey de Persia, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: -Así habla Ciro, rey de Persia: -El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él, y suba!»* 2 Crónicas 36, 14-16. 19-23. El pueblo fue esclavo por culpa de su pecado, porque se había apartado de Dios. La deportación es el gran castigo, es la soledad del corazón que ha sido esclavo y vive entonces lejos de aquel a quien ha rechazado. No obstante, el final no es la soledad de la deportación, sino la esperanza del feliz retorno. El pueblo puede regresar porque Dios es misericordioso. Siempre podremos regresar, no importa lo lejos que nos encontremos. Siempre podremos arrepentirnos e iniciar un camino de conversión. **Siempre será posible suplicar de rodillas una nueva oportunidad para regresar a casa, al corazón de Dios.**

Pero tenemos que comprender que la experiencia de dolor es parte de nuestro camino y es necesario aprender a vivir con ello. La deportación hace madurar el amor del pueblo judío. En la cruz de la soledad el pueblo recuerda el amor que le da sentido a su vida: «*Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores, a divertirlos: -Cantadnos un cantar de Sión. ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra*

extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre mis alegrías». Sal 136, 1-2. 3. 4. 5. 6. El salmo refleja ese pesar del corazón cuando vive esclavo y lejos de Dios. Decía el Padre Pío que mucha gente se acercaba a él para que los liberara de la cruz que cargaban, pero no para pedirle que les enseñara cómo cargar con su cruz. En los momentos de desolación cuesta entender que nuestra vida sea para la esperanza. Aprender a caminar con la cruz a cuestas, sonriendo, esperanzados, es el gran desafío del cristiano. A veces los cristianos, al sufrir la cruz, evitamos el presente doloroso y nos proyectamos en un futuro sin cruz. Suplicamos un milagro que nos libere del dolor, en lugar de pedir un milagro que nos cambie el corazón y nos permita vivir con esperanza en medio de la oscuridad. La realidad es que Dios no nos libera de nuestra herida, al contrario, nos enseña que su misericordia se manifiesta en nuestra debilidad. Aunque nosotros preferimos no tener cruz o que la cruz desaparezca de nuestra vida, Dios permite esa cruz y nos enseña a vivir con ella. La cruz puede pesar en el corazón, pero no puede hundirnos, porque Dios camina a nuestro lado y nos sostiene. Nos levanta cuando caemos y alegra nuestro corazón cuando no vemos el final del túnel. **La cruz nos asemeja a Cristo crucificado, nos une a su dolor y nos hace hijos dóciles en las manos bondadosas de un Dios que ama nuestra vida.**

Este cuarto domingo de Cuaresma lo celebramos el día 18, día de alianza con María en el Santuario. En este día Ella nos muestra el camino de la plenitud y la esperanza en la adversidad. Una persona enferma le rezaba así a María: «*María, ayúdame a abrazar mi cruz, lo que hayas dispuesto para mí. Confío en ti. Desde que te he conocido todo en mi vida han sido regalos.*» María nos ayuda a caminar alegres en la esperanza hacia los tiempos más nuevos. Queremos escuchar y hacer nuestras las palabras de Mario Benedetti: «*No te rindas, por favor no cedas, aunque el frío queme, aunque miedo muerda, aunque el sol se esconda y se calle el viento, aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños. Porque la vida es tuya y tuyo también el deseo, porque cada día es un comienzo nuevo, porque ésta es la hora y el mejor momento.*» María supo abrazar la cruz, supo, de rodillas, sostener el dolor de su Hijo muerto. Ella nos enseña a caminar así con nuestra cruz. Domingo Savio decía: «*María, yo te entrego mi corazón, haz que yo sea tuyo para siempre. Jesús y María sed siempre mis amigos; dejadme morir antes que tener la desdicha de cometer un solo pecado.*» Queremos consagrarse el corazón a María para que Ella nos haga nacer de nuevo. En Ella nos sabemos hijos y aprendemos a confiar. En sus manos queremos recuperar la inocencia perdida, la pureza que ya no tenemos. Hemos perdido una mirada transparente sobre la vida y sobre las personas. Cuando miramos juzgamos y condenamos. No hay nada más difícil de eliminar que los prejuicios con los que contemplamos la realidad. Ya hemos juzgado y condenado a los que nos rodean antes de que puedan defenderse. Vemos sólo el mal juzgando las intenciones y no apreciamos la bondad y belleza de los hombres. No hay pureza en nuestro corazón que busca egoístamente la propia satisfacción y no está dispuesto al sacrificio. Busca la felicidad satisfaciendo los propios deseos, aferrándose a sus planes. Quisiéramos aprender a mirar con los ojos de María. **Ella, en su pureza, quiere regalarnos un corazón nuevo, sin envidias ni egoísmos, sin ira ni complejos, un corazón generoso que se entrega.**

Nicodemo, al igual que nosotros, era un buscador y Jesús le muestra el camino. Él quiere aprender a vivir, quiere encontrar un motivo para la esperanza: «*En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: - Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.*» Es necesario aprender a mirar a Cristo elevado en la cruz. Aunque muchas veces no nos es tan fácil mirar nuestra cruz con esperanza. Tenemos que volver a ser niños confiados. Una persona rezaba así hace tiempo: «*Recuerdo aquel tiempo en el que me*

mostrabas el atractivo de la cruz y era capaz de descubrir la presencia del espíritu y la cercanía de María. Pero a veces no es así, y siento la cruz con apatía y no siempre opto por reconocer que ése es el camino. Nunca querré una cruz si no sé verte a ti en ella, y eso es lo que me da miedo, no verte. Y la experiencia me enseña que a veces no te veo y entonces me veo incapaz de desear de corazón la cruz». Si no vemos a Cristo en la cruz es duro caminar con tanta carga. Mirar la cruz, y ver la vida detrás del duro madero, es casi un milagro. Vemos sólo la crudeza de la muerte.

Mirar a Cristo muerto y recuperar la esperanza es el camino. Cristo está en nuestra cruz.

El juicio se hace patente en que los hombres han preferido las tinieblas a la luz. Al llegar la luz, no se acercan a ella, para que sus obras no queden manifiestas: «*El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios*» Juan 3, 14-21. Nuestra tarea es ser hijos de la luz y realizar obras de luz. Queremos ser transparentes y coherentes hijos de Dios. Pero luchar por vivir en la luz y en el amor de Dios no siempre es fácil. Una persona rezaba así: «*Muchas veces me canso, es difícil seguirte, porque el animarse cada día, soñar cada día, saltar cada día, creer cada día que las cosas pueden cambiar, que el mundo ya está cambiando, coger fuerza es agotador*». Es tentador vivir en la oscuridad, parece más fácil. Luchar por encontrar la luz en nuestra vida nos agota. En la oscuridad no tenemos rostro, no es necesario defendernos, no hay nada que demostrarle a nadie, porque no esperan nada de nosotros. Nuestro pecado nos envuelve y podemos seguir siendo esclavos aunque nuestra vida trascurra lejos de la luz. Nos acostumbramos a la oscuridad y no logramos ver demasiado lejos. El otro día leía: «*Mira, vivas donde vivas, el defecto mayor que tenemos los seres humanos es que somos cortos de vista. No vemos lo que podríamos ser. Deberíamos estar viendo nuestras posibilidades, dando de nosotros al máximo hasta llegar a ser todo lo que podemos*»². Cuando no somos capaces de vencer la oscuridad nos acostumbramos a la comodidad de la noche. Allí no es necesario ver con claridad. Allí nadie nos exige crecer ni amar de verdad. **Entonces no luchamos, no vemos todo lo que podríamos hacer si creyéramos, no valoramos lo que tenemos.**

Quisiéramos llevar una vida llena de luz y alejada de la oscuridad. Una vida austera, en contraposición con la corrupción que vivimos a nuestro alrededor. Una vida luminosa, para vencer la oscuridad que nos rodea. Hay muchos escándalos que nos duelen en lo profundo del alma. Nadie quiere renunciar al poder, ni al dinero. Hay mucha ambición y el corazón no se cansa de desear siempre más. La tentación es grande. Levantar a Cristo ante nuestros ojos nos cambia. La luz da alegría. Levantar la muerte de Cristo, la serpiente, permite mostrarnos el camino de la vida. Es la paradoja del cristianismo. Estamos llamados a realizar obras de la luz para iluminar a los otros. Que se pueda ver el rostro de Dios en el nuestro. Hemos sido salvados y por eso podemos hacer obras de misericordia. Así lo dice S. Pablo: «*Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo -por pura gracia estáis salvados-, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él. Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe. Y no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios; y tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir. Pues somos obra suya. Nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que él nos asignó para que las practicásemos*» Efesios 2, 4-10.

Queremos aprender a caminar en los pasos de Dios. Muchas veces experimentemos los límites y tropecemos. No obstante, como dice San Agustín: «*Es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja*». Si permanecemos en la luz de Dios, aunque en ocasiones prefiramos las tinieblas y cojeemos, podremos caminar torpemente recorriendo su camino. **Pero nos mantendremos animados en su luz, aunque no logremos evitar a veces la tentación de querer vivir en las tinieblas.**

² Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 177